

ESCRITO CON HUMOR

La primera vez no puedo decir que hubo anuncio, a menos que se tomara como tal la insistente, casi maniática prolijidad con que recorté las figuras del desechado *Manual de jardinería* y las pegué sobre las ilustraciones de la *Historia Argentina*, de modo que el primer triunvirato quedó constituido por un tulipán, un clavel y una gardenia que llevaban los cuerpos de Chiclaña, Sarratea y Paso. Don Narciso Laprida adquirió el aspecto que por su nombre le correspondía y los congresistas de Tucumán constituyeron un hermoso vivero desbordante de primulas y pensamientos con el brazo en alto.

Pero no puedo asegurar, sin forzar bastante las interpretaciones, que toda esa proliferación del color sobre un panteón patriótico anunciara los ramos con que alguien nos amenazó el viernes 25 de mayo. Eran tres ramos de rosas y apenas si había algún color porque estaban totalmente marchitos. Aparecieron por la mañana atados a la verja del jardín, puro agobio, aridez y tristeza. Nadie dudó de que eran la encarnación de un mal deseo, transmisores de daños, mensajeros de desdichas.

La segunda vez fue el viernes siguiente, y lo sentí venir desde que vi las flores secas. Día tras día la sensación de encierro insoportable, aun en pleno aire libre, como si el intercambio con el mundo de afuera —todo este dar negrura y veneno de hebreo en invernáculo nocturno y recibir en cambio un lavaje de luz— estuviera a punto de cesar bruscamente. No más respiración en vaivén acompasado; ahora bajan la tapa. Y como si eso fuera poco, la amenaza del frío creciente, de la rigidez, de la consunción que avanza desde la piel hasta los huesos y me convierte en un ave apenas aleteante y de plumas deslucidas. Casi eso soy, hasta que un impulso ciego, que después resultó ser inspirado, me lleva el jueves a abrir todas las puertas de la pajarera. No pasó nada, aparte del revuelo de alas y de faldas y de la penitencia que incluyó aislamiento, penumbra y ayuno. Pero al día siguiente un desconocido entregó la caja, sin agregar ningún mensaje. Allí estaba, abierta sobre la mesa del comedor, exponiendo su lamentable contenido: un canario muerto, agarrado, inexplicable, motivo de tantas aprensiones como conjeturas.

Durante toda la semana que siguió vi la mancha. Cada noche, en el momento de dormirme, cuando este lugar suelta sus amarras y comienza a derivar hacia otros lugares, o empieza a volverse tan poroso, tan permeable, que admite muebles, visitantes y cuadros vivos que nunca estuvieron y

ni siquiera cabrían, llegaba la mancha, volcaba las imágenes y suspendía todo el juego con una sacudida. Era una mancha roja, casi circular, del tamaño de la luna. Se proyectaba de repente en la pared produciéndome un violento sobresalto y en seguida un grito, se quedaba fija unos instantes y desaparecía, tal vez ahuyentada por mi propia voz. Mientras duraba yo tenía la sensación de que me presenciaba y de que su expresión era intencionada y maligna. Y el viernes por la mañana, después que las exclamaciones y las corridas de Pepa despertaron la casa, conseguí burlar las prohibiciones saliendo por la puerta del jardín y dando toda la vuelta, y la vi exactamente igual, brillante y perversa, derramada sobre el umbral: una advertencia sangrienta, un presagio en cuyos reflejos peligrosos los mayores leyeron un mensaje político y la aguda mirada de papá debe de haber descifrado nombres y apellidos.

¿Presentí los avisos? ¿Los capté en un registro depositado en el tiempo de Dios? Se diría que sí. Ignoro para qué, puesto que no desembocaron en nada (o tal vez sí; tal vez conformaron los antecedentes de una pena escondida, de un mal que se evidenció mucho después, de una desdicha que se supuso recién llegada). Pero, por otra parte, ¿qué podía hacer yo para evitar que se cumpliera un vaticinio aciago o para contrarrestar los efectos de una fatalidad que sobrepasaba todas mis posibilidades? De todos modos esos hechos marcaron el comienzo de sorprendentes percepciones que si bien no fueron habituales se presentaron durante años con bastante frecuencia.

Puedo recordar el episodio que me sumergió de lleno e inequívocamente en esa clase de experiencias. Estaba yo en pleno corazón del África domesticando leones —perdón, pero la singularidad del suceso justificaría aun este comienzo—. Fue durante una interminable siesta de verano. Sola en mi cuarto, con las persianas cerradas, seguía en el cielo-

rraso y en las paredes, como en una cámara oscura, el rápido movimiento de las sombras que se proyectaban desde la calle —uno de mis espectáculos preferidos, colmado de incógnitas—, cuando una escena totalmente ajena se impuso sobre el resto. Sólo que no venía desde afuera. Estaba en mí, como un recuerdo, como una figura imaginaria, sin ser ni uno ni otra, sino una visión concreta, por momentos brumosa, por momentos nítida, semejante a una fotografía sobre vidrio que estuviera dentro del ojo. Desde el principio sentí que "eso" no tenía una atmósfera tranquilizadora y traté de hacerlo desaparecer, pero sólo conseguí que titilara. Insistía en fijarse, a prueba de todo parpadeo, hasta que cerré los ojos y se instaló definitivamente. Acepté su tiranía con curiosidad y aprensión. Vi que en ese momento —¿Extraído de dónde, de cuándo?— era de noche y que existía algo profundamente inquietante junto al árbol, aun antes de distinguir los negros caballos detenidos y el lujoso y oscuro carruaje. Había un suspenso de tormenta, de puerta que se abre, de farol que se apaga. Algo se movía en el pescante, alguien que saltó a tierra, se irguió y dio la cara. *Aconteció* un hombre altísimo, vestido de frac, con galera de copa y pechera y puños y guantes tan blancos que relucían en la penumbra. La cara pálida y larga tenía algo de caballo, y algo de caballo parecían tener también los dientes que mostró en una amplia sonrisa a medida que se descubría exhibiendo las crines erizadas y casi incandescentes, sin duda artificiales. Giró, todavía saludando con la galera en alto, y ayudó a bajar del empuinado asiento a dos figuras confusas, lentas y torpes, de escasa estatura, todas pelo y trapos, que una vez en el suelo resultaron ser Laura y yo, las dos vestidas de ángeles. Avanzaron, o avanzamos, vacilantes, tal vez a disgusto, tal vez contra toda la Historia. En mi pensamiento una voz gangosa y baja, muy grave, casi cantó en un reproche: "Se olvida las flores". Seguimos sin detenernos, sin mirar hacia atrás, se supone que hacia la puerta, y en seguida todo desapareció. Sin perder tiempo me bajé de la cama, salí descalza de mi cuarto, crucé el corredor y me precipité en el *living* para vernos entrar. No había nadie. A través de los visillos de una ventana distinguí el matorral de enfrente, el árbol solo, la calle desierta bajo la luz dorada.

¿Qué había significado todo eso? ¿Qué tenía que hacer un carruaje semejante frente a nuestra casa a cualquier hora del día o de la noche? ¿Y por qué viajábamos en él Laura y yo, convertidas en ángeles? ¿Estábamos muertas? ¿Quién era el extraño y ceremonioso caballero de apariencia equina? ¿Un cochero del cielo? ¿Y quién se olvidó las flores? ¿De quién era la voz que reclamaba?

Durante días y semanas barajé diversas historias agregando numerosos y variados elementos a los ya vistos. Los encadenamientos eran siempre inverosímiles, totalmente inconcebibles, colmados de huecos y de ensambladuras extrañísimas. Pero las versiones más recurrentes eran las del raptor folletinesco y sus dos víctimas devueltas al hogar con el atuendo y las flores que correspondían a su comportamiento (¿no habría dicho "se olvidan las flores"? y las del afortunado empresario y sus estrellas en un alto fortuito entre giras triunfales (¿por qué viajarían los tres en el pescante?). No se desdibujaba tampoco alguna aventura de carnaval, una deliberada sorpresa de cumpleaños o de Navidad y hasta algún fantástico episodio vinculado con la beatificación en vida o con el retorno del propio ángel de la

guarda después de un misterioso abandono. Oscilé desde la candidez hasta la truculencia y desde la vanidad hasta el terror en tantos grados y direcciones que agoté la fantasía y la dejé en blanco. Por ese recuadro blanco desaparecieron lentamente el cochero y las dos niñas con caballos, carruaje y noche indescifrable, y si alguna vez trataron de regresar su tentativa fue la de la nieve fundida por volver a su forma o la de una nube dispersa por hacerse. Olvidé.

El ocho de diciembre fue un día brillante, pero cansador. La procesión salió de la iglesia, dio dos vueltas alrededor de la plaza, se desvió para pasar por el largo camino señalado con guirnaldas y banderines y desembocó en la iglesia por el otro costado. Yo iba inmediatamente detrás del palio de la Virgen con mi cesta dorada arrojando un ramillete cada tanto durante todo el recorrido. Si bien la corona de flores no me ceñía demasiado la frente, me molestaba, y más me molestaba saber que después de quitármela perduraría durante horas la impresión de que aún estaba. ¿Acaso ahora mismo no llevo a veces algo que se parece al fantasma de esa corona, la opresiva vincha inexistente que yo llamo "la sensación angelito"? Junto con el exiguo casquete, la liviana escobilla que me barre friamente la cara y el ala chamuscada que se desprende del centro de la espalda constituyen arrastres o aportes de vidas anteriores, digámoslo así, ya que sin estar siempre estuvieron.

La solemnidad de la marcha, de los cánticos y de las plegarias no me permitía darme vuelta para mirar a Laura que avanzaba de la misma manera dos ángeles más atrás; mucho menos podía agacharme para quitar la arenisca y las piedrecitas que se introducían en mis sandalias y me lastimaban los pies. Soporté estoicamente la tortura tratando de no renquear, imponiéndome sucesivos plazos de resistencia, farfullando y reteniendo las lágrimas como Moisés y Juana de Arco. Vi de lejos la iglesia, la vi titilar y distanciarse con la crueldad de la belleza inalcanzable.

Ya dentro, después de otra breve ceremonia a la que asistí descalza, la concurrencia se dispersó. Me acerqué a Laura. A ambas nos sangraban los pies y los lavamos bajo una canilla en el patio de la casa parroquial. Las excoriaciones no eran profundas, pero convertían el suelo en un campo de duras espinas y cortantes pedruscos a cada paso. Buscamos a Natalina, que era la encargada de llevarnos a casa. Nos costó reconocerla, vestida casi de campesina húngara, llena de cintas y bordados y con el negro pelo suelto como una cortina apenas entreabierta sobre la cara. Estaba allí mismo, entre el gentío, de pie bajo un aroma, con aire de estar dormida con los ojos abiertos y una sonrisa de bienaventuranza como si contemplara una marea de burbujas irisadas o una ronda de querubines.

A medida que nos aproximamos entramos en el presente: el de entonces, el de ahora, el de mañana.

—¿Está o no está? —me susurra Laura buscando la mirada de Natalina.

—Todavía está recibiendo la bendición —le contesto yo, que encuentro explicaciones místicas para cualquier ausencia y también para cualquier presencia supernumeraria.

—Natalina, ¿dónde estás? Baja, que te necesitamos. Vuelve pronto, por favor —insiste Laura casi gritando y sacudiéndole un brazo.

El descenso es brusco; tan brusco como si le hubieran arrancado una escalera. La cara asustada emerge entre bur-

bujas rotas y dispersos querubines.

—Vamos, vamos, mejor— dice automáticamente, manoteando el aire.

—No podemos caminar —explica Laura—. Tenemos los pies lastimados, llenos de tajos, de llagas, de desolladuras, de navajazos, de puñaladas —la voz se va entristeciendo a medida que exagera. Se está proponiendo hacernos llorar.

—Bueno, no importa. Yo tampoco puedo andar —contesta Natalina y muestra los altísimos tacones de sus zapatos rojos—. Los voy a tener que hacer cortar. Mejor, mucho mejor—agrega con esa aceptación superlativa que la hace invencible, aun en las peores situaciones. —Vayamos afuera y en seguida nos llevarán en coche.

Nos dirigimos a la puerta de atrás, las tres caminando penosamente, por momentos ella inclinada hacia adelante, como si fuera a patinar o a embestir, y nosotras con tanto sigilo como si estuviéramos por sorprender a alguien.

No hay nadie en la calle. Todo el mundo ha de estar frente a la iglesia, o en la plaza o en la kermesse que se ha organizado en el club. Nos sentamos en el banco que está en la vereda a esperar el coche de no importa quién con tal que venga, pero no tenemos tiempo ni de quitarnos los zapatos cuando se oye una voz muy grave a nuestras espaldas:

—Ya estoy aquí, Rafael Orfani, para lo que gusten mandar las encantadoras niñas.

Me vuelvo, sacudida por el rayo. Es evidente que está allí. El hombre altísimo, de rigurosa etiqueta, que en este momento se quita el sombrero de copa y muestra el erizado pelo que corona la cara de caballo, mientras sonríe descubriendo los enormes dientes, no es un desconocido para mí. Lo sigo con la mirada, incrédula y sin duda desfavorada, en su desplazamiento alrededor del banco, hasta que se inclina frente a Natalina y le tiende una mano enguantada:

—Podemos partir cuando la damita ordene. Así soy yo. El coche está a la vuelta. Me pareció prudente, ya se sabe. Aunque no hay nada que temer, y si no hay nada que temer, no hay nada que desafiar—. La cara mandibular intenta algunos visajes para marcar los sobreentendidos.

Natalina se pone de pie, se afirma en el suelo trabajosamente apoyándose en el brazo arqueado del caballero y parte sumergida otra vez en la nube de burbujas y de querubines. Laura y yo los seguimos como podemos, casi a tropezones, concentradas al máximo en seguir adelante. A poco de eso alcanzo a oír:

—Escolta de ángeles, como usted se merece, pimpollo. Si no fuera porque camina parecería una flor. Apóyese, no más. Aquí estoy yo, sencillo, vigoroso y diligente para ser su servidor.

La risa nerviosa de Natalina indica que si es por su habilidad para caminar bien podría ser la reina de las flores. Pero no alcanzo a determinar el rango que me correspondería en ese orbe y ya hemos girado todos en la esquina y no puedo creer lo que estoy viendo. Hay allí un coche fúnebre inmenso, lustroso, renegrido, tirado por dos caballos enlutados, hacia el que se dirige la pareja y al que ya está trepando, ayudada por el hombre, la inefable Natalina. Miro a Laura en demanda de ayuda. La risa silenciosa no le cabe en la cara.

—No podemos subir en eso. No vayamos en eso, por favor —ruego con desesperada urgencia.

—¿Por qué no? Es un coche, ¿no? ¿O acaso preferimos

caminar?

No, no preferimos caminar. Si no prefiero caminar entro en este plural tiránico o misericordioso que me libra de quedarme sola, detenida en el umbral, detrás del vidrio o del otro lado de la zanja. Puedo instalarme en él como en la madriguera común y compartir el frío, la aprensión y la sopa de guijarros. Desde allí comenzaré a multiplicar indefinidamente mi participación hasta integrarme a todo, hasta poder intercambiarlo con todos, disolviéndome en otra unidad más vasta que el universo. "Déjenme entrar, háganme un lugar", clamaré una y otra vez en silencio desde mi aislamiento, desde mi insuficiencia, mientras me arrojan la puerta en la cara o el círculo se cierra dejándome fuera, donde me quedo solo saltando entretejiendo mi pálida guirnalda.

—Háganme un lugar —grito desde el aire, por donde voy veloz en los brazos del hombre, brazos benditos y abominables que me depositan sobre las rodillas de Natalina.

Nos apretujamos como podemos, los cuatro en el encumbrado pescante, atribulando lujos, alas y plisados, y el coche se pone en movimiento con lenta vehemencia, mientras las tres nos quitamos los zapatos y Rafael informa que daremos un paseo por las quintas repartiendo esplendor y alegría.

—Me hubiera gustado poder ofrecerles la carroza de duelo —explica—. Es mucho más cómoda, pero aquí vamos todos juntos, y bien juntos, ¿verdad, preciosa? Dígame la verdad, ¿alguna vez anduvo en un coche como este?

—¿Igual a este? No, me parece que no. No, de veras que no. Este es mucho mejor —reacciona gradualmente Natalina, y concluye con firmeza: —Es un lindo coche. Original.

—Original, sí. Esa es la palabra, tesoro. Yo soy original, soy como un diplomático, un introductor de embajadores. Avanzamos ceremoniosamente, en exhibición. Parece que viajáramos en mangrullo, en escalera o en nogal, pero sólo por la altura, porque la sensación es la de ir sin asidero en un articulado y leve organismo de madera, en una especie de monstruo antediluviano engendrado en las carpinterías del Leteo. Se despereza, cruje, oscila, balancea las escuálidas, descarnadas ancas. Cuerpea, hurtando las rígidas costillas. Se va a desorganizar la frágil osamenta de la cabalgadura de la muerte. Nos va a arrojar a todos en un ridículo montón al borde del camino. Ojalá. Ojalá que nadie presencia esta travesía difamante, macabra y carnavalesca. Me muero de vergüenza, de náusea, de reprimida exasperación. Bueno, me moriría, si el lugar no fuera disparatadamente redundante. ¿No es bastante desatinado estar donde estoy?

Miro a Laura: está feliz, está haciendo algo sin antecedentes, está inaugurando viva un transporte muerto. Es una pionera de la pampa seca, igual que papá. Miro a Natalina: no sólo no tiene nada que objetar sino que se siente como si fuera en trono hacia los cielos. Está arrobada en la contemplación de su milagro, sin duda "el mejor". Miro a Rafael, orondo en su papel de auriga funerario, dispensador de las más exquisitas atenciones y de los más delicados florilegios póstumos. No ha cesado de hablar desde que arrancamos. Ha comparado su función con la de un diplomático encargado de mantener las buenas relaciones entre dos territorios aparentemente adversos, o con la de un piloto que lleva al pasajero al puerto más seguro ("¿Y acaso no somos todos pasajeros? ¿No estamos de paso, querida mía? ¡Ah, no, no tema que me aleje! Con respecto a usted será como la hiedra, paloma"); ha hablado con entusiasmo de los oscuros caba-

llos con vocación luctuosa que vienen galopando desde Orlof; ha dicho que este coche es a la llanura lo que la góndola a Venecia (¿No ha visto cómo se mece, cariño?, y los dos son negros también, renegridos como el fuego de sus ojos, corazón"), porque además los difuntos bien pueden ser los enamorados de la muerte y es por eso que vuelven ("¡Ay, no me mire así, bombón, porque me mata!, pero muerto y embalsamado por un beso volvería") y habría que cantar dulces melodías cuando uno los conduce, como los gondoleros que llevan a las parejas a mirar la luna fantasmal en los canales. Eso le da oportunidad para cantar unas cuantas canzonetas, con tono vehemente y cara de agonía caballar, mientras Natalina lo acompaña apoyando la cabeza en su hombro y canturreando entre suspiros, y Laura aprovecha las pausas para vociferar con las almas del purgatorio: "¡Romped, rompéd mis cadenas!, ¡alcanzadme libertad!"

Están todos tan satisfechos que cuando dos o tres martinetas huyen del camino aleteando despavoridas, y dos hombres que cortan fruta en lo alto de un árbol se quedan en suspenso colgados de las ramas, y un grupo de muchachos que parecen vestidos de bichos canastos interrumpen sus juegos y nos miran boquiabiertos, y una anciana mendiga se santigua y se aplasta contra la pared con las andrajosas plumas revueltas, mis acompañantes se sonríen entre sí con hondo beneplácito como si cada una de esas reacciones hubiera sido el verdadero y único propósito de tanto despropósito. Estoy segura de que lamentan no tener confetti o serpentinas para dejar una constancia festiva de nuestro paso.

Y ya hemos completado la espectacular demostración deteniéndonos frente a un almacén del que Rafael ha extraído una jarra de sangría, dos naranjadas, cuatro vasos, tres paquetes de galletitas y una sarta de curiosos que aparecen y desaparecen alborotadamente y sin interrupción marcando cada entrada y cada mutis con empujones y con risas. Yo no he probado nada. Me limito a tragar, como puedo, el vidrio

molido de humillación y a sentir el sabor acre, intolerable del oprobio.

Ahora Rafael ha cruzado un alambrado y se interna en un terreno donde crecen las margaritas, las caléndulas y las vincapervincas mezcladas con yerbajos y otras plantas silvestres. Gira, corre, flota, se inclina agitando los faldones —el gigantesco yeguarizo engalorado retozando en su potrero edénico— y corta exaltado montones de flores con las que salta y vuela hacia nosotras y llega y sigue de largo y las coloca en ese espacio donde siempre viajan "ellos" en sus cajas acarameladas, debajo del bakdaquin, mientras le dice a Natalina con la dulzura de quien exprime un panal en la despiadada prensa de las quijadas.

—Son para usted, mi reina.

Y me parece que ya hemos empezado a andar cuando lo digo. Tal vez ni siquiera me hayan oído entre el rezongo de los caballos, los enfáticos crujidos de la maquinaria, los abejorros y los trémolos de la seducción, las victoriosas trompetas infantiles y el aplauso y los silbidos de los que se quedan. No importa. Aunque no me pregunten nada, repito para mí, para ayer, para nadie, con la voz enrarecida y sentenciosa del humo de Delfos:

—Se va a olvidar las flores. Se las va a olvidar.

Cuando llegamos es de noche. Mientras caminamos trabajosamente hacia la casa y oigo la voz grave y gangosa que murmura "Se olvida las flores", miro hacia la ventana donde debería estar yo espiando, esperándonos. Sé muy bien que no estoy, pero lo que aún no sé es por qué no la vi también a ella en mi visión pasada. Todavía no sé que fue un aviso, también. Todavía no sé que se quedó a recoger las flores y que siguió con él, el funerario caballero galanteador, casado y padre de tres hijos, hacia quién sabe qué extraño destino. No volvimos a verlos nunca más. El coche apareció unos días después, abandonado, con dos pares de sandalias doradas, en la estación de un pueblo lejano y polvoriento.♦

La vida (a)lora

REMATE

El 28 de junio de 1986, en un cuarto de plana de *Excelsior*, apareció una convocatoria para el remate de una camioneta usada y chocada, de una dependencia de la SEMIP. Las bases para el remate se conseguían tres días después, en la ciudad de Culiacán, de 8:30 a 10. Las inscripciones se recibían de 10 a 11 del mismo día, en el mismo lugar. El remate era al día siguiente, en el lugar "donde se encuentra dicho vehículo", no especificado. Cumplidos los trámites, la camioneta sería adjudicada hasta en 140,000 pesos. Un anuncio de ese tamaño cuesta 370,000 pesos.

Deshacerse de todo y reducir el gasto, cueste lo que cueste.

G.Z.